



TOLVANERA
ROBERTO
ZAMARRIPA

robertozamarripa2017@gmail.com



*Que los quemen o los fusilen;
es el lenguaje de la política.
Odio puro. Peor cuando
se inyecta desde el poder.*

Generosos

Las campañas del odio tienen larga data en la vida política mexicana. Cuauhtémoc Cárdenas durante sus tres campañas presidenciales y desde que osó romper con el priismo fue sujeto de una de las más extensas, intensas e injustas campañas de desprestigio.

El odio contra el cardenismo de Cuauhtémoc tomó visos criminales con el asesinato de centenas de militantes siendo la ejecución de Xavier Obando y Román Gil, operadores principales del movimiento, uno de los mayores signos ominosos de aquel odio político incubado.

Vicente Fox también resintió la campaña de odio hasta que ganó la Presidencia en el 2000. En 2006 la campaña contra Andrés Manuel López Obrador tildándolo de “Peligro para México”, cristalizó una estrategia de desprestigio y rencor que claramente caló en el ánimo de votantes. El voto del 2006 fue determinado en buena medida por el miedo; un miedo decantado desde el odio inducido, estimulado, exacerbado.

El odio contra López Obrador fue signo distintivo y discordante durante dos sexenios. Al igual que con Cárdenas proliferaron todos los esfuerzos por aislarlo o desaparecerlo de la escena política. El movimiento lopezobradorista no sufrió la mengua violenta y criminal ocurrida entre 1988 y 1994 con el cardenismo pero la violencia simbólica fue dura.

Las campañas de odio político del fin de siglo e inicio del actual

coincidieron con el empoderamiento de los medios electrónicos de comunicación como factores decisivos de la vida pública. Las campañas electorales pasaban por la factura de las televisoras. Si alguien quería encumbrarse como candidato, así fuera el más inexperto o inepto para un cargo público, al pasar por la maquinaria de las televisoras experimentaba una transformación en un producto agradable y simpático. Los medios electrónicos se convirtieron en los hacedores de la política y modeladores de figuras políticas.

Y armaban “campañas de contraste”. Las biografías de los contrincantes se retorciaban, se reinventaban o se fabricaban con tal de desprestigiarlos.

Las redes sociales irrumpieron en la política y despojaron a los medios electrónicos tradicionales de su influencia y poder manipulador. El odio cambió de aparato. El amplificador es diferente. De un hombre-un voto pasamos a un hombre-un meme. El hilo se vuelve amenazante y denigrante. La infección de la conversación pública se extiende para atrapar las intenciones del debate y la reflexión. El odio ahí es viral, brutal, demencial.

Hay demasiada irresponsabilidad al inyectar el odio en la política. Trasmira, modela, influye. En un país donde llevamos dos décadas de violencia criminal desatada, donde la eliminación física del otro es el acto supremo de poder para

controlar territorios, mercados, rutas y gobiernos, convertir el odio en código de maltrato político resulta inflamable.

Unos quieren quemar a los de Morena en leña verde; los aludidos pretenden fusilar a los traidores. Se dice, se escribe, se viraliza.

Ignacio Mier, líder de diputados de Morena, quien en la época del asesinato de perredistas militaba en el PRI, partido que los hostilizaba, llamó a fusilar como a Miguel Miramón y Tomás Mejía, los generales conservadores e imperiales, a los legisladores que bloquearon la ley eléctrica obradorista.

Los militantes de la izquierda que nutrieron a Morena sí saben lo que es el paredón. Son sobrevivientes de los peores odios políticos del sistema. Que desde el poder ahora invoquen al odio recuerda las peores experiencias de la izquierda que tomó el poder mediante revoluciones armadas. No es un tema retórico.

Aunque los sandinistas de entonces dieron otras lecciones. Tomás Borge, a la postre ministro del Interior nicaragüense, se topó en septiembre de 1979 en una visita a la cárcel que él mismo habitó como preso político a uno de sus torturadores. Y le dijo: “Tú me torturaste pero mi venganza será perdonarte”. Eso decían los sandinistas originales. Pregonaban: “implacables en el combate, generosos en la victoria”. Hoy en Nicaragua tiraron ese humanismo a la basura. No necesita México la misma patraña.